
BACH O EL ARTE OBJETIVO

Albert Schweitzer

20 de octubre de 1907.

Se debe considerar a Bach como formando parte del grupo de los artistas objetivos. Éstos pertenecen plenamente a su época, y crean conforme a las formas y a las ideas de su época. No se interesan en la crítica de los medios de expresión artística que encuentran a su disposición, ni sienten ninguna necesidad íntima de abrir nuevos caminos. Su vida y sus experiencias no constituyen el único alimento de su arte, de modo que es inútil buscar las raíces de la obra en las vicisitudes de su creador. Su personalidad artística se desarrolla completamente desligada de su personalidad humana.

La obra de Bach sería la misma aun en el caso de que el destino de éste hubiera sido totalmente distinto. Suponiendo que de su vida conociéramos algo más de lo que conocemos, y que se hubieran conservado todas las cartas que escribió, no sabríamos más de lo que sabemos sobre el origen íntimo de sus composiciones. El arte del artista objetivo no es impersonal sino más bien ultrapersonal. Algo así como si este tipo de artista tuviera el impulso de dar forma definitiva, una sencilla perfección, a todo lo que ya se encuentra en los artistas que le precedieron. No es él el que vive, sino el espíritu de la época a través de él. Todas las búsquedas, los anhelos, las invenciones, los deseos y los errores de las generaciones pasadas y contemporáneas en el campo del arte, se unen en él y encuentran en él su expresión.

En Bach se advierte inmediatamente que no se trata de una personalidad individual sino universal. Compendió el desarrollo musical de tres o cuatro generaciones. Cuando uno estudia con atención la historia de su familia, cuya posición es tan especial dentro de la vida artística alemana, llega a sentir que todo lo que en ella

ocurre debe conducir a una culminación perfecta. Uno llega a considerar como un hecho natural e indiscutible que, en un determinado momento, deba aparecer un Bach en el que vivan y sobrevivan todos los Bach que le precedieron, y en el que el fragmento de la música alemana representado por dicha familia encuentre su culminación definitiva. Por lo tanto, Bach es una terminación. De él no desciende nada; todo se reduce a prepararlo. Escribir una verdadera biografía de este maestro significaría escribir la vida y el desarrollo del arte musical alemán, que en él encuentra su culminación y su realización, con todas sus aspiraciones y sus errores. El genio de Bach no fue un genio aislado sino un genio común, en su obra colaboraron siglos y generaciones para crear un resultado que hoy en nosotros sólo suscita respeto y veneración.

Podemos leer muchas cosas en los retratos que nos han transmitido las facciones de Bach; gracias a ellos podemos conocer mejor a la persona, cómo era, y cómo se mostraba al mundo. Cuanto más contemplamos las facciones del maestro, más enigmáticas nos resultan. ¿Cómo se transformaba esa imagen cotidiana en la imagen del artista? ¿Qué aspecto cobraba su rostro cuando Bach penetraba en el mundo de los sonidos? ¿Cómo se reflejaba en él la maravillosa vivacidad que ilumina sus páginas? En última instancia, toda la persona de Bach es un enigma porque, para nuestra visión, ya histórica, el hombre interior y el exterior se confunden de tal manera que ya no nos es posible distinguir el uno del otro. Como ocurre con muchos genios, pero con más intensidad todavía en este caso, la persona de Bach, tal como se presentaba al mundo exterior, sólo constituye el caparazón impenetrable del alma del artista que en su interior se albergaba. Es un caso de doble naturaleza: sus experiencias artísticas y su creación se desarrollaban paralelamente al curso normal, y casi banal, de su existencia de burgués, hasta el punto de que fue muy poco lo que le distinguió en este último sentido. Bach luchó por su existencia, por mantener su ideal de vida burguesa, no por que fuera reconocido su arte ni admiradas sus obras. En este sentido su personalidad es muy distinta de la de Beethoven o Wagner, y, en general,

de la de todos los que solemos llamar artistas. El reconocimiento que el mundo le otorgaba como virtuoso del órgano y del clave –y que sólo servía para sostener superficialmente su posición como artista creador– Bach lo aceptaba como algo que se da por sentado. Pero no se interesó por suplicar al mundo que reconociera la parte trascendente de su obra creadora, aquella en la que él expresaba sus más profundos sentimientos. Nunca le pasó por la mente que tuviera algún derecho a esperar semejante reconocimiento. No hizo absolutamente nada por dar a conocer sus Cantatas y sus Pasiones, ni tampoco hizo nada por conservarlas y salvarlas de la destrucción. Si algo nos ha quedado de su obra, no fue, por cierto, gracias a él.

Lo más notable de este maestro es justamente que no hiciera nada por lograr el reconocimiento de sus obras mayores, y que no quisiera mostrarlas al mundo para que éste tuviera noticia de su existencia. Pocas obras de arte poseen como sus Cantatas el encanto de lo desconocido, de lo que todavía no ha sido ni hallado ni tocado. Los grises tomos de la vieja Sociedad Bach nos hablan con un lenguaje conmovedor. Nos hablan de algo que no podía desaparecer porque era verdadero y grande, sencillamente; de algo que fue creado no para lograr el reconocimiento sino porque debía ser creado. Las Cantatas y las Pasiones de Bach no son sólo hijas de las musas sino también del ocio, en el sentido más serio y profundo que tenía esta palabra en otros tiempos, cuando significaba esas horas de la vida que el hombre pasa consigo mismo.

Es posible que Bach mismo no se diera cuenta nunca de que lo que había creado era tan incomparablemente grande. Él sólo sabía que se le reconocía como un verdadero virtuoso del órgano y del clave, y como un auténtico maestro del contrapunto. Pero nunca se imaginó que, de todas las obras de arte que surgían en torno a él, contemporáneamente a las suyas, sólo las suyas vivirían para las generaciones futuras. Fue el primero en no reconocer el valor trascendente de sus obras. Por eso mismo, tal vez, ocupa el más alto lugar entre todos los espíritus creadores; su fuerza inconmensurable se rea-

liza en su obra tal como sucede con las fuerzas de la naturaleza, sin que él mismo se dé cuenta de que es una fuerza. En este sentido, su fuerza es tan elemental y tan rica como una fuerza natural. Bach no se preocupaba, por otra parte, en reflexionar previamente sobre si los cantores de la capilla podrían ejecutar sus obras, ni en si sus obras lograrían conmover al público que las oiría. Había puesto en ellas toda su fe y con toda seguridad había alguien que podía comprenderlas: Dios. La música, para Bach, es un servicio divino. El arte y la personalidad de Bach se apoyan en su religión. Si de algún modo se las quiere entender, hay que partir de ese postulado. El arte era para él religión. Por eso no se interesa, en absoluto, ni por el mundo ni por el éxito social. Su arte era un fin en sí mismo. Todo arte importante, aun profano, era para Bach íntimamente religioso. Para él las notas no resuenan sino que ascienden como una loa inefable hacia Dios.

Por su esencia más profunda, Bach constituye una figura notable dentro de la historia de la mística alemana. El hombre fuerte, que por razón de su familia y de su labor creadora se encuentra en medio de la vida y del mundo, el hombre en cuyos labios impera una especie de cómoda sonrisa de satisfacción por su destino, está en realidad, en lo profundo de su ser, muerto para el mundo. Todo su pensamiento parece iluminado, transfigurado por un anhelo maravilloso, apasionado, de la muerte. Constantemente, apenas se lo permite el texto de la composición, se demora en su música para expresar ese anhelo de muerte, y en ningún momento su lenguaje resulta tan conmovedor como en las Cantatas, justo en aquellas que cantan la liberación del cuerpo: lo que esa muerte anhelada representa para el hombre. Ésa es la religión de Bach, tal como nos la presentan las Cantatas. Ella ilumina su vida. Su destino, que visto desde fuera parecería una constante lucha jalonada de amargas, fue, en realidad, de pura alegría.

HOMILÍA SOBRE Lc 9, 62

–Cuarto Domingo de Adviento–

*"Aquél que apoya su mano sobre el arado
y la retira no está hecho para el Reino de Dios"*

18 de diciembre de 1904.

Conocéis el texto que precede a estas palabras. Un grupo de hombres está decidido a seguir a Jesús, y éste les prohíbe hacer lo que a ellos les parece natural. Uno desea, antes que nada, poner en orden su casa y despedirse de la familia, y Jesús no se lo permite. Otro quiere enterrar a su padre antes de partir, y el Señor le dice: “dejad que los muertos entierren a sus muertos”. Lo que les exige es injusto. Pero así ocurre con el Reino de Dios: que muchas cosas que nos parecen propias del momento, de acuerdo con nuestros sentimientos humanos más naturales, no son propias del momento si se las considera desde el punto de vista de la necesidad del adviento de dicho reino.

Durante estos días de Adviento, siempre me vuelve a la mente la misma pregunta: ¿por qué el pueblo de Israel, que tan solemnemente celebraba la festividad del adviento, y esperaba a su Señor y Salvador con un deseo como no manifestó nunca ninguna otra nación, por qué este pueblo llegó a perder el Reino de Dios? No fue por falta de devoción ni por obstinación. No comprendieron los signos de la época; y, en ese sentido, no les sirvió de nada ni siquiera la presencia de Jesús Nuestro Señor. Por segunda vez, a finales de la Edad Media, hubo una segunda época de adviento, de espera del Espíritu. Aquella época se encontró frente al arado como un caballo brioso que resopla; las nubes del alba enrojecían los cielos; pero las gentes volvieron la mirada hacia los Padres de la Iglesia y hacia los Concilios y se quedaron donde estaban.

Así viven entre nosotros el judaísmo y el catolicismo, como aquellos que prefirieron mirar hacia atrás, y que se han visto impedidos de seguir al Señor por consideraciones dogmáticas o por razo-

nes humanas naturales. Por supuesto que tampoco ellos carecieron de noble e inteligente devoción, de elevados deseos y de fuerzas puras, (...) pero se quedaron atados a la idea del pasado y ya no son la sal de la tierra: "y, si la sal se vuelve sosa, ¿con qué la salaremos?"

Pero ahora tengo un temor: que nos encontremos en una nueva época de adviento y que la dejemos pasar inadvertida por querer mirar hacia atrás. ¿Acaso no puede estarse preparando un nuevo adviento? (...) Entre las burlas y el desprecio con que hoy se considera al cristianismo, tal vez podamos percibir el paso del Señor (...). No miremos hacia atrás, sino hacia delante; tal vez podamos distinguir una imagen resplandeciente delante del arado.

Temo que miremos demasiado hacia atrás. Hablamos demasiado de los Reformadores, pensamos demasiado en dar nuevo vigor a nuestros tiempos haciendo lo posible para que resurja nuevamente entre nosotros la época de la Reforma, con la vida que anidaba en ella y con todas sus grandiosas figuras, como si éstas pudieran darnos la fuerza necesaria para cumplir con nuestra tarea. Celebramos demasiado el pasado. Cuando oímos la voz de nuestra época, a veces quisiera decir: menos Lutero, menos Gustavo Adolfo, y más Cristo. No me atrevería a sugerir que el culto de la Reforma en nuestra época es excesivo si no fuera por la propia Palabra de Cristo que nos insta a no mirar hacia atrás. (...)

Nos hacen falta grandes hombres de Adviento. (...) Sin duda la Palabra del Señor se predica, y las Escrituras se siguen difundiendo, pero el Evangelio es como una semilla maravillosa que vuela por todas partes llevada por el aire y cae al suelo pero en ninguna parte brota porque no hay hombres capaces de trazar y de abrir los surcos. Y llegan los pájaros del cielo y se comen la semilla, que así se pierde.

Tenemos que ser como los que aran. Y lo primero que hace falta para arar es esperanza. ¿Qué sería del que traza los surcos en otoño si no tuviera la esperanza de que va a llegar la primavera? Nada podemos hacer sin la esperanza íntima y segura de que se pre-

para una nueva época. La esperanza es fuerza. En el mundo existe la misma medida de energía que de esperanza, y basta con que apenas unos cuantos hombres tengan una esperanza común para que éstos constituyan una fuerza que nada puede contener, una fuerza que se va expandiendo y transmitiendo a los demás. En segundo lugar: para arar hay que saber callar. Tenemos que aprender que nuestras palabras y nuestras resoluciones carecen de fuerza, y que el trabajo silencioso y humilde es lo idóneo para lograr el Reino de Dios. La tercera condición para arar es poder trabajar solos. Vivimos en la creencia de que la salvación provendrá de nuestras votaciones, congresos y trabajos organizados en comunidad. Pero así nos engañamos. Sólo podremos lograr un resultado realmente útil trabajando cada uno por su cuenta. Tenemos, en efecto, que aprender a obrar sin la ayuda de los demás. Cuando son varios los que aran un campo, cada uno va solo, detrás de su arado; no conversan entre sí, solamente se ven, y se sienten próximos, y unidos. En fin, la esperanza, el silencio, el trabajo solitario, son las tres cosas que debemos aprender si queremos trabajar realmente según el verdadero espíritu.

Pero, ¿en qué consiste, después de todo, arar? El que ara no arrastra el arado, ni tampoco lo empuja; se reduce a darle la dirección más conveniente. Lo mismo ocurre con los acontecimientos de nuestra vida; no podemos hacer otra cosa que darles la dirección más conveniente, la dirección que nos señala Nuestro Señor Jesucristo, de modo que tendamos hacia Él en todo lo que vivimos y hacemos; de esta forma, el surco se traza solo. Eso es lo que la gente debe sentir en nosotros si queremos que surja de nosotros esa fuerza del cristianismo: que en todo lo que nos sucede, en todo lo que hacemos, somos nosotros quienes tratamos de dar la dirección a los acontecimientos, en vez de dejarnos llevar por la dirección natural de las cosas.

Cuando era muchachito, yo quería aprender a arar. Creía que era fácil: bastaba tener las manos firmes sobre el mango del arado para conservar la dirección. Pero aprendí que, para que el arado tra-

zase realmente su surco, además había que apoyarse sobre él con todo el peso del cuerpo. En la vida es lo mismo: la experiencia me ha enseñado que no es posible hacer nada útil, trazar ningún surco si no empleamos todo nuestro peso, es decir, si no hacemos que nuestra vida tenga algún peso, que sea grávida. Siento esta condición como una responsabilidad ante Jesús. Quisiera que de nosotros pudiera decirse que tomamos la vida en su verdadero peso, y que, en todo momento, nos sentimos responsables ante Nuestro Señor, tanto por lo que significa nuestro destino para las personas que nos acompañan como por lo que significa para el advenimiento del Reino de Dios en torno nuestro. En esta responsabilidad no hay nada de pesadumbre sino mucha alegría pues hay algo que nos hace fuertes.

Esto de dar el peso necesario a la vida es una actitud que da notables resultados. Aquél que se apoya con todo el cuerpo sobre el arado ve surgir bajo la hoja de acero una onda verde que se vuelca constantemente hacia un costado, y comprueba que, gracias a la sencilla presión de su propio peso, ha conseguido limpiar de hierbajos y tallos secos la tierra que se extiende ante sus ojos: un trabajo que, de otro modo, jamás podría haber realizado; ni una docena de hombres hubieran podido limpiar el campo, aun trabajando un día entero, y, sin embargo, el que conduce el arado lo ha hecho en pocas horas. Así logran, quienes toman la vida en su verdadero peso, descujar las múltiples dificultades que encuentran en su camino. La vida les resulta más fácil que para los demás hombres justamente porque se han apoyado sobre el arado con todo el peso de su cuerpo, trazando un surco para Jesús. Por donde pasan estos hombres, purifican y ayudan a los que con ellos combaten, porque la lucha es difícil sólo para aquellos que carecen de una meta que dé peso y gravidez a su vida.

En el lenguaje corriente, de una persona que ha hecho algo se suele decir que ha dejado huella detrás de sí. El mundo observa que ha hecho esto o aquello, pero para que lo pueda observar debe ser algo concreto. En cambio, Nuestro Señor nos propone una meta muy distinta: trazar un surco significa hacer una cosa beneficiosa

pero destinada a desaparecer. Cuando las espigas se mecen sobre el campo, ¿quién distingue los surcos donde fueron sembradas? Y el que contempla ese mar dorado y ondulante, ¿qué puede saber del nombre del hombre que trazó los surcos? Y, sin embargo, ese hombre existió. Bajo un cielo nublado de otoño que amenazaba tormenta, ese hombre trazó los surcos con el arado, movido por la esperanza. Así debemos obrar nosotros. En silencio, con humildad, y con la mirada puesta en el Señor, trazar un surco apoyando sobre el arado todo el peso de nuestra vida para preparar esta tierra nuestra que ha de acoger la semilla nueva. Y, cuando ya no estemos aquí, nuestro surco desaparecerá bajo la semilla que de él habrá brotado. Que así sea.

FRAGMENTOS

[de 1924]

Durante un período de diez años, antes de mi traslado al África, me encargué de la preparación espiritual de los adolescentes que debían recibir la confirmación en la iglesia de San Nicolás de Estrasburgo. Después de la guerra, algunos de ellos vinieron a verme y me agradecieron que les hubiera enseñado que la religión no era una cosa que lo explica todo. Gracias a esa enseñanza no se habían sentido impelidos a abjurar del cristianismo, como tantos otros compañeros suyos de las trincheras, que no estaban preparados para una realidad tan inexplicable como la guerra.

[de 1951]

Desde hace varias décadas, lucho por que la ética de Jesús y de San Pablo, y el Reino de Dios vuelvan a ocupar el lugar que les corresponde dentro del cristianismo. Por eso me complace especialmente cuando veo que también otros piensan como yo. Creo que este retorno a la sencillez y a lo esencial del cristianismo ha de ir cobrando cada vez mayor vigor. Fue uno de los ideales de Lutero. Pero sólo mediante una larguísima evolución ha sido posible que volviera a cobrar validez lo evangélico, en el verdadero sentido de la palabra.